

MONSEÑOR JOSEMARÍA ESCRIVÁ Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Ricardo Rees-Jones*

Este trabajo se divide en cuatro partes. La primera es un breve esquema de la situación en España anterior a 1936. La segunda alude a la guerra civil. La tercera se refiere al itinerario del Beato Josemaría Escrivá durante esa guerra y a algunos hechos relevantes de su vida en esa época; y por último, se proponen algunas conclusiones.

La situación previa

Al comenzar el siglo XIX, como recordarán, Alfonso XIII era el Rey de España, en una época de grandes tensiones. Habían atentados socialistas y anarquistas, como por ejemplo el que le costó la vida al ministro José Canalejas en 1912. Luego ocurrieron cuatro hechos que conmovieron aún más a la sociedad hispánica.

Entre 1914 y 1918 se desarrolló la primera guerra mundial, y aunque España no fue beligerante, sufrió en lo social y en lo político muchas de

* Abogado. Miembro del Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, Buenos Aires, y del Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano, Madrid. Consultor de empresas. Ha sido Profesor de Marketing en México (IPADE), Buenos Aires (IAE), Uruguay (IEEM), China (CEIBS, Shanghai) y Chile (ESE).

las consecuencias de ese hecho terrible.

En 1917 los Romanoff fueron destronados en Rusia por una revolución que fomentaba las utopías marxistas, cuyos efectos aún perduran en el tiempo.

En 1921, en la batalla de Annual, en el Marruecos español, los rebeldes al mando de Abd el Krim, masacraron a 10.000 soldados españoles, y esto produjo espanto en toda la nación.

Y por último, en 1929, se produjo el llamado crack económico de Wall Street, que generó una depresión global durante casi cuatro años.

A veces pensamos que la globalización es un fenómeno de la última década, pero si se examina la historia se descubren muchos de estos fenómenos sísmicos. Los tres primeros acontecimientos citados produjeron en España recesión, desempleo, huelgas violentas y una situación tan grave que, con el permiso del Rey, un general llamado Miguel Primo de Rivera instauró una dictadura en 1923, que duró siete años. Durante este período, como lo saben, un sacerdote de 26 años de edad llamado Josemaría Escrivá, fundó el Opus Dei, en octubre de 1928. En ese tiempo había surgido una poderosísima corriente republicana y antimonárquica. Afectado en gran parte por la crisis española y europea, el general Primo de Rivera renunció a su gobierno en 1930.

El 12 de abril de 1931 se celebraron elecciones municipales en España, y triunfaron los republicanos y los socialistas. Se estableció entonces un comité político o revolucionario que nombró presidente de la República Española a Niceto Alcalá Zamora. Dos días después, el 14 de abril, Alfonso XIII se fue de España. Partió pensando que sus partidarios iban a poder negociar un arreglo político, y que lo llamarían para que regresara a ocupar la corona, hecho que no ocurrió. Así comenzó la llamada Segunda República, llamada así porque hubo una primera muy breve, entre 1873 y 1874.

La Segunda República tuvo tres etapas muy marcadas, que voy a describir en forma rápida.

La primera fue un gobierno declarado de izquierda, desde las elecciones mencionadas de abril de 1931 hasta fines de 1933 cuando cayó debido a otra elección.

Durante este período surgieron problemas que fueron radicalizando

los métodos que los gobernantes utilizaban para resolverlos. En primer lugar hubo problemas religiosos. El 11 de mayo de 1931, en el mes siguiente a la famosa elección ganada por la izquierda, una multitud quemó en Madrid la iglesia de los jesuitas de la Calle de Flor, en el centro de la ciudad. Inmediatamente después ardió una docena de iglesias, conventos y monasterios en Madrid y en Andalucía, sobre todo en la región de Málaga. Cuando llegó esta noticia al gobierno que estaba reunido en Madrid, el ministro de guerra Manuel Azaña habría exclamado ante sus colegas, según fuentes tanto republicanas como nacionales: “todos los conventos de España no valen la uña de un republicano”. Lo cito para sugerir el estado de ánimo y la epidemia ideológica que empezaba a extenderse por la nación. El artículo 26 de la nueva Constitución Republicana declaró disueltas aquellas órdenes religiosas que impusieran un voto de obediencia a autoridad distinta a la legítima del Estado, debiendo ser nacionalizados sus bienes. Es evidente que se refería a cualquier voto de obediencia al Pontífice de Roma. Se estableció que la educación religiosa debería cesar y ser suplantada por la del Estado. El 13 de octubre, el mismo ministro Manuel Azaña, anunció en un discurso ante las Cortes Parlamentarias: “España ha dejado de ser católica”. Por un decreto publicado poco después se disolvió la Compañía de Jesús, y sus bienes pasaron a ser propiedad del Estado. Se dispuso que todas las manifestaciones públicas de la religión, tales como procesiones, las de Semana Santa y otras, tendrían que contar con un permiso del Gobierno. Se estableció el divorcio, y sólo los matrimonios civiles tuvieron validez legal.

Otra cuestión que tuvieron que enfrentar y tampoco pudieron resolver fue la de Cataluña. Esa región de España, que tiene una historia cultural milenaria y además contaba con una base industrial fuerte, proclamó en 1932 un gobierno propio, la Generalitat. El gobierno izquierdista de Madrid exigió a los oficiales del ejército que juraran lealtad a la República, o pasaran a la situación de retiro. Inmediatamente después ofreció planes de retiros voluntarios y forzosos que redujeron aún más las filas de los oficiales. Y por último, en septiembre de 1932 se dictó una ley de reforma agraria, que en realidad fue un fracaso, porque cuando este gobierno cayó en el año 1933, apenas 4.600 familias habían recibido tierras.

El 19 de noviembre de 1933 hubo elecciones generales. Fue la primera

vez que las mujeres votaron en España, y ganaron los partidos del centro y de la derecha, dando un golpe de timón que se alejaba de las reformas agresivas de corte izquierdista. Se inauguró así la segunda de las tres etapas, dirigida por una coalición entre el centro radical y la derecha, que se extendió hasta febrero de 1936. En resumen, se postergó en forma indefinida la sustitución de las escuelas religiosas por escuelas oficiales, los jesuitas volvieron a enseñar, se arrestó a todos los miembros del gobierno catalán de la Generalitat y se dejó de aplicar, de hecho, la reforma agraria. No se derogó la ley, pero quedó en suspenso.

Como acontecimiento importante en esta etapa, se puede destacar que el 14 de marzo de 1934 se celebró la primera reunión pública de un nuevo movimiento político llamado Falange Española, dirigido por un joven diputado llamado José Antonio Primo de Rivera, hijo del general que había gobernado entre 1923 y 1930. En octubre de ese mismo año de 1934 estalló una revolución en Asturias, encendida por anarquistas, socialistas y comunistas. Los mineros asturianos, armados con cartuchos de dinamita, en tres días controlaron todos los pueblos de la región, y el gobierno de centro derecha envió a la Legión Extranjera y a los regulares con órdenes de reprimir aquello con fuerza, con el resultado de 2.000 muertos, 3.000 heridos y cerca de 15.000 personas arrestadas. Todos estos hechos se fueron acumulando, mientras los españoles miraban desde distintos ángulos con cristales cada vez más oscuros.

Febrero de 1936. Otro golpe del péndulo. Las elecciones fueron ganadas por un nuevo grupo político llamado Frente Popular, formado por una alianza entre republicanos, socialistas, trotskistas, sindicalistas de izquierda, anarquistas y comunistas. Este tercer gobierno de la Segunda República estuvo a cargo del país entre la elección recién nombrada de febrero y el estallido de la guerra civil en julio de ese mismo año. Reactivaron el Instituto de Reforma Agraria, y el Ministerio de Educación empezó a reimponer la supresión de las escuelas religiosas. En marzo fue detenido José Antonio Primo de Rivera, el líder de la Falange, acusado de tenencia ilegal de armas. Llevado después a una cárcel en Alicante, fue fusilado por las autoridades de la República. Según un distinguido historiador inglés de la guerra civil española, Hugh Thomas, en un libro reconocido como una fuente importantísima, parece que Manuel Azaña

lo mandó llamar antes de que fuera arrestado y le sugirió que se fuera del país. “No puedo”, contestó Primo de Rivera, “mi madre está enferma”. Azaña le dijo “Pero si su madre murió hace varios años”, y Primo de Rivera contestó “España es mi madre”. Una anécdota que ilustra las pasiones dominantes, que movían a un ministro de izquierda a salvar a un hombre de derecha, quien a su vez lo rechaza para caer fusilado en un patio de Alicante. Por esos días, Antonio Machado, el famoso poeta, republicano, compuso unos versos oscuros, en los que sugiere que España se salvará por el trabajo manual, por la industria, y que influirá en ese éxito el cierre de las Iglesias. Los versos dicen:

Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva a quién deja, y vive el que ha vivido.
¡yunques, sonad! ¡enmudeced, campanas!

El 12 de julio de 1936 fue un día domingo. Un teniente de las guardias de asalto de Madrid, José Castillo, que era izquierdista y actuaba como instructor de las milicias socialistas en sus tiempos libres, partió de su casa en la tarde para ir a cumplir una guardia en el cuartel. Se había casado un mes antes, y la novia, en la víspera de la ceremonia, recibió una carta anónima en la que le preguntaban por qué se casaba con alguien que muy pronto iba a ser un cadáver. El teniente Castillo caminó un par de cuadras desde su casa, y en una esquina cuatro hombres lo abatieron a balazos. Pocas horas después, a las 3 de la mañana del lunes 13 de julio, un grupo de compañeros militares del teniente Castillo fueron al departamento del líder de la oposición a la República en el Parlamento, José Calvo Sotelo, y le dijeron que quedaba bajo arresto. Su mujer intentó hablar con distintas autoridades, pero los visitantes le insistieron que era un arresto legal, que no se preocupara, y se lo llevaron. Y a las pocas cuadras lo mataron con un disparo en la nuca.

Según muchos historiadores, estos dos hechos terribles, ocurridos en el breve lapso de unas horas trágicas, fueron los que hicieron que el alzamiento de Francisco Franco que se venía preparando durante un tiempo, estallara el día 17 de julio en Melilla, Marruecos. Acto seguido

se produjeron rebeliones que dividieron a España en jirones. Los rebeldes, nacionalistas o nacionales, controlaban una franja ancha en el norte, la mayor parte de León, parte de Asturias, Salamanca, Valladolid, Segovia, Toledo, Pamplona, Zaragoza, y algunos enclaves en el sur –dominado por la República– que fueron Sevilla, Córdoba, Granada y Cádiz. La República, en cambio, controló toda la zona del este desde la frontera francesa, además de Madrid, y en el norte Santander, Guipúzcoa, Vizcaya, con parte del país Vasco.

Las tropas de Franco recibieron el apoyo de hombres y armas de Alemania e Italia, dos países fascistas que lo miraban con cierto aprecio. Allí combatió por primera vez la Luftwaffe alemana, con la Legión Cóndor de aviadores que servían a los nacionales. La República contó con tropas y armamentos de Rusia, y también con las llamadas Brigadas Internacionales, compuestas por voluntarios alemanes, británicos, yanquis y de los Balcanes, entre otros orígenes.

España se transformó en un campo de batalla confuso, sangriento y terrible. La guerra civil, entre julio de 1936 y marzo de 1939, produjo un número de muertes que ha sido estimado en formas muy diversas según los criterios políticos de los investigadores. No puedo, por lo tanto, llegar a una conclusión clara. Incluso se podría pensar que la guerra civil española es un hecho demasiado próximo como para hacer una evaluación objetiva. Cuando terminó, se dijo que había muerto un millón de personas. Después se afirmó que éste era un mito, una metáfora literaria. En 1942, el español Jesús Villar Salinas, franquista, en su libro *Repercusiones demográficas de la última Guerra Civil Española*, llegó a la conclusión de que habían muerto 800.000 personas. En 1952, Pierre Villar, francés, en *Histoire de l'Espagne*, indicó la cifra de 560.000. En una reciente biografía de Franco, publicada por Paul Preston en 1994, señala que se perdieron más de 500.000 vidas. Y Hugh Thomas, en la tercera edición de su libro *La Guerra Civil Española*, de 1977, luego de analizar esas y otras fuentes, llega a las conclusiones siguientes. Muertos en combate, nacionalistas 90.000; republicanos, 110.000; total 200.000, equivalentes al 10% de las fuerzas combatientes. Asesinatos y ejecuciones en ambos bandos: 75.000 nacionalistas; y 55.000 republicanos; 130.000 en total. Esta cifra de nacionalistas muertos incluye a 12 obispos, 283 monjas,

4.184 sacerdotes y 2.365 religiosos; un total de 6.844 personas. Pero habría que agregar al número desconocido de fieles laicos que murieron por sus creencias. El 11 de marzo de este año, el Papa celebró la mayor beatificación en la historia de la Iglesia, al elevar a los altares a 283 fieles asesinados en esa guerra, por su fe en Cristo. Debido a los bombardeos aéreos fallecieron 10.000 personas; y por desnutrición o epidemias derivadas de la guerra, 25.000 más. Es decir, un total de 365.000. Existe otro tema muy controvertido, el número de quienes fueron fusilados por el gobierno de Franco entre 1939 y 1942, que oscila entre 5.000 y 100.000 según las distintas fuentes. Pero si nos quedamos con los 365.000 muertos citados del período 1936-1939, agregando el hecho histórico de que 300.000 españoles emigraron forzosamente de su país como consecuencia de la guerra, se observa el tremendo daño que sufrió la fábrica social de ese país. Muchos de esos emigrantes fueron semillas fértiles que rindieron frutos excelentes después en México, Argentina, Chile, y varios otros países.

Los números son abstractos, y nos cuesta en general comprender cuando se dice que han muerto miles o millones de seres.

Con el propósito de reducir lo ocurrido entonces en España a un nivel más humano y simple, he elegido dos casos. El primero, casi por azar, porque Miguel, un muy buen amigo que dice no ser religioso, aunque en el fondo lo es, hace algunos meses manejaba su coche por una carretera en España, y de repente vio un edificio enorme en medio de la nada. Con curiosidad se detuvo, y era un monasterio llamado Santa María del Olivar: Tal vez sea conocido en España, pero para que lo ubiquen, está cerca de los pueblos de Estercuel y Alcañiz, en un páramo, junto a una enorme cantera de piedra. Mi amigo entró y después me dijo, “conociendo tu ideología, me robé un libro de la iglesia“. Como yo lo conozco bien, sé que lo compró. Y lo estuve leyendo, para conocer la historia del lugar. Ese monasterio mercedario fue fundado en 1258. La iglesia es del siglo XVI. El convento se construyó en el siglo XVII. En el siglo siguiente se erigió un estupendo retablo barroco; y a partir de la Edad Media se fue creando una biblioteca de un valor incalculable. En agosto de 1936, treinta días después del estallido de la guerra civil, llegó a este solitario lugar una partida de anarquistas catalanes. Fusilaron a

cinco mercedarios y a un hermano postulante, después de torturar a algunos. Desapareció la imagen románica de Nuestra Señora Santa María del Olivar y nunca más ha sido vista. Se quemaron los edificios, destruyéndose por completo el retablo barroco. La biblioteca fue incendiada, y los libros que se salvaron del fuego fueron desparramados. Un año más tarde, en agosto de 1937, un militar catalán visitó el lugar y lo encontró abandonado, en ruinas, y despoblado. Este hombre se llamaba Joan Salés, y publicó en 1976 un libro con cartas suyas de la época llamado *Cartes a Marius Torres*. Y en una carta escrita en el lugar del destruido Monasterio el 5 de agosto de 1937 le contaba a su amigo: “Con el comandante Domínguez nos personamos algunos oficiales para hacernos cargo del destrozo y ver si se podía salvar algo. No bien pasado el gran portal de la iglesia nos esperaba todo un espectáculo. Las momias de los frailes difuntos sacadas de sus nichos. Dos de ellas estaban puestas al pie del altar mayor en la actitud de una pareja que se casa. Otra revestida de casulla y apoyada en el altar, hacía como si fuera el capellán que los casaba. Las restantes, como si fueran los testigos de la boda, se apoyaban en la pared. Algunas habían perdido el equilibrio y yacían por tierra. Eran momias antiguas, perfectamente secas y bien conservadas, como de pergamino”. Después se puso a rebuscar entre los montones de libros chamuscados y escribió: “los amplios pasadizos del piso donde estaban las celdas, están en completo desorden. Unos antifonarios enormes en pergamino y con sólidas cubiertas de madera claveteada yacen por tierra. Por todos lados hay pilas de libros. Encontré dos ediciones completas de *Los viajes del Capitán Cook*. También halló un tratado de agricultura del siglo XVII en catalán, agregaba este hombre de Barcelona, y una edición de la *Suma Teológica* del XVI en latín: “las horas se me pasaban sin darme cuenta, y buscaba y tomaba, pero el desastre era total”.

El otro caso que elegí para intentar poner esta tragedia en un plano más cercano, es la historia de un hombre llamado Pedro Casciaro. Era un estudiante de arquitectura en Madrid, y tenía 20 años cuando conoció al Fundador del Opus Dei en 1935. Comenzó a dirigirse espiritualmente con él, junto con otros jóvenes universitarios a quienes el Padre como desde entonces se le llamaba, les hablaba de la expansión del Opus Dei por el mundo. Otro joven ingeniero, Álvaro del Portillo, por ejemplo,

estudiaba japonés, para cuando fuera tal vez a hacer apostolado en Asia. Y cuando estos jóvenes que lo querían tanto le decían: “Pero Padre, ¿no está usted exagerando un poco cuando habla de América y de Asia y de África?”, el Padre siempre les respondía “Soñad y os quedaréis cortos”.

Pedro Casciari se ordenó sacerdote en el Opus Dei en 1946. Entre 1949 y 1958 inició la labor apostólica en México. En 1958 regresó a Roma a trabajar con el Padre, y viajó mucho, entre otros motivos por la labor en Kenya, y su famoso Strathmore College. En 1966 volvió a México donde permaneció hasta su muerte, en 1995. Era el capellán del IPADE, donde yo era profesor, y durante diez años tuve la enorme fortuna de conversar con él todas las semanas. Cuando me confesaba, como le gustaba mucho la historia, me decía, “¿Quieres un cigarrillo?” Hablaba él y yo le preguntaba cosas pero nunca me habló de la guerra civil. A veces contaba alguna anécdota de su larga e intensa vida junto al Padre. No resisto la tentación de decirles que me dijo que actuaba como secretario del Padre en Madrid, y una vez le llevó varias cartas que había pasado a máquina. El Padre las empezó a firmar pero de repente leyó una, se puso de pie, cerró los ojos, y mantuvo silencio durante un par de minutos. Luego se sentó y dijo “Perico, no me harás mentir, en esa carta decías que he rogado por el alma del difunto”. Había rezado antes de firmarla.

Don Pedro tenía algo de sangre británica, y le gustaba comentarlo. Era un hombre alto, apuesto, de cabellos grises cuando lo conocí, con un humor finamente irónico. En 1994 escribió un excelente libro llamado *Soñad y os quedaréis cortos*. Su familia era de Albacete y su padre apoyaba a la izquierda. En 1936 lo eligieron presidente del Frente Popular para toda la Provincia, y sirvió en ese cargo a la República hasta el fin de la guerra. En 1939 tuvo que huir de España en el último buque que zarpó de Alicante antes que cayera en manos de las tropas franquistas, y se refugió en Argelia, en Africa del Norte, donde después su mujer fue a encontrarse con él, y vivieron en la pobreza extrema del exilio durante muchos años. Un primo izquierdista, para que se vea el desgarramiento de las familias, fue voluntario en una Brigada Internacional. Otro primo, derechista, estuvo encarcelado en la cárcel de Alicante junto con Primo de Rivera y se libró por poco de ser fusilado; y otros primos suyos que

Durante unos días, en ese éxodo clandestino, estuvo alojado en el

eran oficiales de la Armada, fueron lanzados vivos en alta mar al agua, por los tripulantes republicanos que se amotinaron en dos buques de la Armada. De manera que su familia se fue separando y perdiendo por causa de la contienda.

Llegamos así a la tercera parte de la conferencia, el itinerario del Beato Josemaría, y algunos hechos relevantes. El Padre tenía 34 años cuando estalló la guerra. Se dedicaba sobre todo al apostolado y a la dirección espiritual de gente joven, como ya se ha comentado, y había instalado una pequeña residencia en Madrid en la calle de Ferraz. El ingeniero de caminos José Luis Músquiz, uno de los tres primeros que después se ordenaron como sacerdotes en el Opus Dei, escribió un relato de cuando conoció al Fundador, en 1935, poco antes de la guerra. Y dice: “Yo tenía cierta curiosidad por saber qué pensaría aquel sacerdote de la situación, los partidos, de los prohombres políticos que más se movían en España”. Y le pidió su opinión sobre un personaje de derecha, en especial. “El Padre me contestó inmediatamente: Mira, aquí nunca te preguntarán de política, vienen jóvenes de todas las tendencias, Carlistas, de Acción Popular, Monárquicos, de Renovación Española, etc. Ayer mismo estuvieron el Presidente y el Secretario de la Asociación de Estudiantes Nacionalistas Vascos. En cambio te harán otras preguntas molestas; te preguntarán si haces oración; si aprovechas el tiempo; si tienes contentos a tus padres; si estudias; pues para un estudiante, estudiar es una obligación grave”.

Peter Berglar, que fue profesor de Historia en la Universidad de Colonia escribió un libro llamado *Opus Dei, vida y obra del Fundador*, donde sostuvo que el Padre quería que se mantuviera en su patria, la tradición cristiana, y que por lo tanto “era lógico que viera la victoria de Franco como un mal menor”. Agrega que “nunca fue lo que se suele llamar un partidario de Franco, y la cuestión República o Monarquía que en los años posteriores exaltó de tal manera los ánimos, le preocupó muy poco”.

En los primeros días de julio, antes del estallido de la guerra, el Padre estuvo ocupado en el traslado de la Residencia al número 16 de la calle Ferraz, muy cerca del Cuartel de la Montaña de Madrid. Tres días después de la declaración de la guerra, se produjo una batalla campal porque los oficiales y soldados recluidos en el Cuartel de la Montaña proclamaron

su adhesión a Franco. El pueblo de Madrid, las milicias republicanas, los artilleros republicanos, y hasta algún avión, procedieron a destrozarse todo el barrio, y luego mataron a los militares que se rindieron. El Padre y los pocos que estaban con él en la residencia tuvieron que salir entre los escombros, el espanto, el reparto de armas, el griterío, las blasfemias, y perderse en la muchedumbre para escapar. Es sabido que el Padre se vistió con la ropa de trabajo de un obrero mecánico. Monseñor Álvaro Portillo, uno de los primeros de la Obra y sucesor del Padre en su dirección, dijo después “que nuestro Fundador iba de un sitio a otro, durmiendo dónde podía, y a sus hijos nos ocurrió otro tanto. A veces hasta los amigos no querían cobijarnos, y otras, nos recibían pero con mucho miedo porque suponía exponerse a una denuncia. En aquellas circunstancias, tener un sacerdote en casa era firmar la propia sentencia de muerte”. Según dónde se encontraban, los estudiantes y amigos del Padre quedaron separados, algunos enrolados en el Ejército Nacional y otros en el de la República. Cesó la libertad de movimiento, y nadie podía trasladarse de un lugar a otro en esa España dividida, ni siquiera en el lugar propio de uno de los bandos, sin pedir permisos especiales. El Padre, desde sus refugios transitorios en Madrid, enviaba cartas frecuentes a sus hijos en distintos sitios. Escritas de puño y letra, utilizaba claves, firmándolas a veces Mariano, que era uno de sus nombres. Don Manuel era Jesús; la madre de don Manuel, la Santísima Virgen; el abuelo era el propio Padre. Muchas veces, y de nuevo es don Álvaro del Portillo el que lo escribió, no podía celebrar una verdadera Misa y la substituía con lo que llamaba una Misa seca, cuando le faltaban las hostias y el vino, materias necesarias para la consagración. Pero por devoción, y siguiendo con mucha piedad la ceremonia del Santo Sacramento, decía de memoria todas las oraciones de la liturgia, a excepción de la fórmula de la Consagración, que omitía por respeto al Sacramento. La colecta, la secreta y la post-comunión eran invariables, oraciones para pedir vocaciones. Si uno lee esto con criterio sólo humano, resulta sorprendente. Un sacerdote oculto, perseguido, bajo amenaza de muerte, en medio de una guerra, rezaba tranquilamente por más vocaciones para la Iglesia. Al llegar—termina el relato citado—al momento de la Comunión, hacía una de carácter espiritual.

Durante unos días, en ese éxodo clandestino, estuvo alojado en el

tercer piso de la calle Sagasta 31, en Madrid, con un miembro de la Obra y un señor llamado Juan Manuel Sáinz de los Terreros que no conocía al Padre. El 30 de agosto de 1936 la portera del edificio abrió la puerta y con mucha inteligencia exclamó en voz alta: “Los milicianos vienen a registrar la casa”. Entonces el Padre, con ese hijo suyo y Juan Manuel Sáinz de los Terreros salieron del departamento donde estaban ocultos y por una escalera interior subieron a una buhardilla, que en el vocabulario de Buenos Aires es una baulera, donde se ocultaron semiinclinados bajo el calor de agosto. El día transcurrió lentamente, mientras escuchaban el ruido de los milicianos que gritando revisaron el sótano y cada departamento, piso por piso, acercándose al techo donde estaban las bauleras. Cuando los milicianos entraron a la buhardilla más próxima—escribió después Juan Manuel Sáinz de los Terreros— “se me acerca don Josemaría y me dice: ‘soy sacerdote, estamos en momentos difíciles, y si quieres, haz un acto de contrición y te doy la absolución’. Y así lo hizo para los dos. Todos pensamos que eran los últimos momentos de nuestras vidas. Supuso mucha valentía decirme que era sacerdote, ya que yo podía haberlo traicionado y podía haber intentado salvar mi vida delatándolo, si entraban los milicianos”. En forma inexplicable, los milicianos revisaron la buhardilla contigua y se fueron sin terminar el registro. Sáinz de los Terreros agregó al final de su relato: “no soy de la Obra, pero sí puedo afirmar que aquellas palabras de don Josemaría Escrivá me llenaron de una inmensa emoción”. Fue un acto de heroísmo, silencioso y muy grande.

Entre octubre de 1936 y marzo de 1937 tuvo que ocultarse en una clínica para enfermos mentales, que dirigía en Madrid un antiguo compañero suyo del bachillerato en Logroño, el doctor Angel Suils. Su amigo Suils le explicó los síntomas de cierto tipo de demencia, para que el Padre pudiera simularla ante el personal, que en parte apoyaban a la República. En alguna ocasión nuestro Padre exclamó de repente “yo soy Gregorio Marañón, yo soy Gregorio Marañón”. Era un loco culto. Celebraba la Misa poniendo todo según el relato de uno que estuvo con él, dentro de un armario con las puertas abiertas de modo que si se acercaba un extraño, podía cerrarlas para que quedara oculto. La jefa del personal de la clínica, que era católica, a quien el Padre le había dicho que era sacerdote, esperaba fuera de la habitación con el encargo de

hablar en voz alta si se acercaba alguien. Ésas eran las condiciones de la celebración de su Misa. Un día se presentaron los milicianos a hacer un registro del manicomio. Uno de los enfermos que estaba loco de verdad, se acercó a uno de ellos, tocó su metralleta y le preguntó: “¿Esto es un instrumento de cuerda o de aire?” Otro de los milicianos dijo “Éstos están locos de remate”, y se fueron.

Desde el 14 de marzo al mes de agosto de 1937, el Padre estuvo, con algunos de los suyos, asilado en la Legación de Honduras, en Madrid. En realidad era un cónsul honorario hondureño que había puesto la bandera de su nación en el frente de la casa, y así protegió a muchas personas. Estaban el Padre, con su hermano carnal, Álvaro del Portillo, y otros tres miembros de la Obra, que compartían con él un cuarto de tres metros de ancho por cuatro metros. Y había otras sesenta personas apiñadas en los dos pisos del departamento de la supuesta Legación, que no podían ni siquiera asomarse a los balcones porque la milicia habría entrado a investigar, violando el supuesto asilo diplomático. Los niños de las familias gritaban, habían discusiones, altercados, lamentaciones, miedo, y un gran odio al enemigo. En su libro *Camino* publicado en 1939, después de que terminó la guerra, el Padre se refirió al ambiente de la legación supuesta de Honduras, sin mencionarla, en el número 697: “Los acontecimientos públicos te han metido en un encierro voluntario, peor quizá, por sus circunstancias, que el encierro de una prisión. Has sufrido un eclipse de tu personalidad. No encuentras campo: egoísmos, curiosidades, incomprensiones y susurración. Bueno, ¿y qué? ¿Olvidas tu voluntad libérrima y tu poder de ‘niño’?” La falta de hojas y de flores (de acción externa) no excluye la multiplicación y la actividad de las raíces (vida interior). Trabaja; ya cambiará el rumbo de las cosas, y darás más frutos que antes, y más sabrosos”. Y también se describe en *Camino* lo que él hacía en ese encierro y aconsejaba a los suyos, en el punto 294 del libro: “No se veían las plantas cubiertas por la nieve. Y comentó, gozoso, el labriego dueño del campo: ‘ahora crecen para adentro’. Pensé en ti, en tu forzosa inactividad. Dime, ¿creces también para adentro?”

Durante la temporada siguiente confesó a mucha gente por la calle, los tomaba del brazo y mientras paseaban los escuchaba. Iba vestido de

paisano, se había hecho un corte de pelo más seglar, pero cada vez que lo hacía corría el riesgo de que algún confesante lo denunciara o que lo sorprendieran en medio del Sacramento. Después se refirió a esa época: “Aun en aquellos momentos de persecución los queríamos a todos, no nos sentíamos enemigos de nadie, ni de los anarquistas, ni de los republicanos, ni de los comunistas, de nadie”.

En octubre de 1937 fue con unos pocos a Barcelona, con la intención de pasar por los Pirineos a Francia y de allí dirigirse a la zona nacional gobernada por el régimen de Franco para retomar las actividades apostólicas que eran tan difíciles en la zona republicana. Mientras tanto, Pedro Casciaro, el estudiante de arquitectura de Albacete, había sido llamado a las filas del Ejército Republicano, y estaba destinado a la Dirección de Caballería de Valencia. Cuando recibió un telegrama en clave de Barcelona avisándole para que fuera, y descifró lo que se estaba planeando, fue a la oficina del Director General de su cuartel, tomó de su escritorio varios oficios membretados y se dirigió luego a la oficina del Director Coronel donde les puso la marca de su sello de goma. Después con una máquina de escribir agregó: “Autorízase al soldado Pedro Casciaro a viajar a Barcelona por asuntos de servicio”, porque sabía que en las estaciones, en los trenes, en los restaurantes, de la zona republicana a la que iba, corría un grave peligro si lo sorprendían sin licencia. Estuvo cuarenta y ocho horas en Barcelona con el Padre. Hablaron de cruzar a Francia, y luego tomó un tren, para presentarse en el cuartel. En el libro *Sonad y os quedaréis cortos*, escribió: “Todavía estoy viendo al coronel mientras me reñía y gritaba. Ausentarse sin permiso en tiempo de guerra era una deserción castigada con fusilamiento. Pero se veía que quería salvarme”. Pedro Casciaro era un hombre de una simpatía natural extraordinaria, y no me sorprende que el coronel se apiadara de este joven que había faltado dos días sin motivos del Cuartel. Y lo condenó a la pena mínima, dieciséis días de arresto en un pequeño calabozo. Sigo leyendo lo que escribió Pedro Casciaro: “El día en que cumplí mi condena, es decir el décimo séptimo día, en vez de presentarme cabizbajo en las oficinas de la Dirección General, reincidí; es decir, volví a desertar”. De nuevo, pero esta vez acompañado por su gran amigo Francisco o Paco Botella, quien estaba en el mismo cuartel. Usaron dos de los falsos oficios sellados, y

escribieron que tenían licencia para ir a Barcelona “a resolver asuntos de familia”.

El 19 de noviembre de 1937 –y no me voy a detener en este episodio muy conocido– el Padre y unos pocos miembros de la Obra, incluyendo a Pedro Casciaro y a Paco Botella, partieron de Barcelona a los bosques de Rialp, donde un guía que se presentó como contrabandista, les explicó la manera en que los iba a llevar a Francia. Después de cinco marchas nocturnas agotadoras por montañas vigiladas por carabineros de la República llegaron a Andorra, en la mañana del 2 de diciembre. Un día, escondidos en un horno, Pedro Casciaro escuchó con espanto los sollozos contenidos del Padre. Y le preguntó en voz baja a Paco Botella qué pasaba. Paco le dijo que el Padre sufría por la duda de si ir al otro lado, al nacional, y reiniciar el trabajo del Opus Dei, o volver a Madrid y estar en territorio republicano, donde había tantos hijos suyos sirviendo en el ejército Rojo, prisioneros en las cárceles, escondidos, además de algunos hospitalizados por heridas de guerra. Luego de pasar por Andorra fueron a Lourdes, para dar gracias a la Virgen. El Padre celebró una Misa y Pedro Casciaro lo ayudó: “Al comenzar, cuando ya levantaba la mano para hacer la señal de la Cruz, se volvió hacia mí que estaba arrodillado en la grada y me dijo en voz baja: “Supongo que oficiarás la misa por la conversión de tu padre y para que el Señor le dé muchos años de vida cristiana”. Pedro Casciaro agregó en su libro: “yo estaba con la atonía del que se ha levantado muy temprano y no ha comido nada, y no había pensado en propósito alguno, y le dije: lo haré Padre. Entonces añadió: hazlo hijo mío; pídelo a la Virgen y verás qué maravillas te concederá”.

El Padre fue entonces a residir en Burgos. Pedro Casciaro y Paco Botella fueron inmediatamente reclutados por el ejército de Franco, y trasladados a Burgos desde donde no volvieron a desertar. En cuanto el Padre confirmó donde se encontraban sus hijos perdidos, escribió una carta a uno de ellos diciendo: “El abuelo dice que da muchas gracias a Dios porque ya ha localizado a todos los nietos”.

Entre enero y febrero de 1938, el Padre se desplazaba con frecuencia a visitar a los soldados en los frentes. Y escribió entonces: “No sólo a los del Opus Dei; acudía donde se encontraba cualquiera que necesitara de mi labor sacerdotal”. Desde siempre tuvo esa gran apertura del corazón.

Pudo haber estado tranquilo, descansando, escribiendo sus cuartillas espirituales. Había perdido cuarenta kilos de peso al llegar a Burgos. No estaba físicamente bien, pero en una carta escrita en esos días le decía a alguien: “yo voy corriendo de un lado a otro; acabo de venir de Victoria y Bilbao y antes Valencia, Valladolid, Salamanca y Ávila. Ahora estoy curando un catarro que pesqué en el norte; después voy a León y a Astorga”. En su libro *Amigos de Dios* recordaría que a sus hijos, a los soldados y a todas las personas que conocía, les sugería concretamente que se ocuparan en una actividad de provecho: —estudiar, aprender idiomas, por ejemplo— compatible con su servicio de soldados; les aconsejaba que no dejaran de ser nunca hombres de Dios, y que procurasen que toda su condición fuera *operatio Dei*, trabajo de Dios. Y también en *Amigos de Dios* agregó otro recuerdo de esa época. Se refiere al ciego Bartimeo, aquel que al darse cuenta de que pasaba Cristo estalló en gritos. Lo hacen callar, pero el Señor lo llama, “y aquel hombre arrojando su capa —dicen los Evangelios— al instante se puso de pie y vino a Él”. Y el Padre escribió: “¡Tirando su capa! No sé si tú habrás estado en la guerra. Hace ya muchos años yo pude pisar alguna vez el campo de batalla, después de algunas horas de haber acabado la pelea; y allí había, abandonados por el suelo, mantas, cantimploras y macutos, llenos de recuerdos de familia; cartas, fotografías de personas amadas. ¡Y no eran de los derrotados, eran de los victoriosos! Aquello, todo aquello que les sobraba para correr más aprisa y saltar el parapeto enemigo. Como a Bartimeo, para correr detrás de Cristo”.

Cayó Madrid, que estaba sitiada por las fuerzas nacionales; y el 31 de marzo de 1939 se rindieron Almería, Murcia y Cartagena. Así terminó la guerra. El Padre visitó la residencia de la calle Ferraz, en Madrid, y estaba destruida. Había que empezar de nuevo.

El padre de Pedro Casciaro, a quien dejamos exiliado en África, sólo pudo regresar en 1947. Y Pedro Casciaro recordaba: “Durante los últimos once años de su vida fue hombre de oración, de Misa y Comunión diaria; hacía todos los días un rato de lectura espiritual, y acostumbraba a rezar diariamente también el Santo Rosario. Yo, al ver esto, no podía menos que dar gracias a Dios, y recordar aquellas palabras del Padre en Lourdes, al pie del altar”. No sorprende recordar que la labor apostólica

fue creciendo con fuerza en Madrid, Valencia, Valladolid, Zaragoza, Barcelona, y muy pronto en el mundo entero.

Algunas reflexiones finales. ¿Fue Josemaría Escrivá un hombre que podía vivir ajeno, aislado de los hechos alegres y a veces duros de cada día? ¿No lo afectaba la guerra civil? Decía Peter Berglar que no le gustaba hablar de política. Nunca lo hizo. ¿Pero no sufría por todo lo que estaba ocurriendo? No hay duda de que sí. Todo lo contrario. Vivió transformando todas las circunstancias de su vida –incluyendo esa espantosa guerra– en ocasiones para amar a Dios y servir con alegría, como dice una oración que conocemos, incluso en medio del dolor, a la Iglesia, al Papa y a todas las almas que conoció. Y se puede agregar, también a todas las que ha conocido y que conocerá desde el Cielo porque le rezan y hablan con él.

Había tomado un día una decisión ante Dios, que lo guió siempre en la vida. Y termino recordándoles que nos reveló ese secreto en el número 815 de *Camino*. “¿Quieres de verdad ser santo? Cumple el pequeño deber de cada momento, haz lo que debes y está en lo que haces”. El pequeño deber de cada momento. En la guerra, en la paz, con salud, con enfermedad, en la familia, en el trabajo, en el desempleo, con el auge económico o la recesión, con Francisco Franco o Felipe González, con Fernando de la Rúa, con la derecha, con el centro, con el frente popular. Siempre.

Soñemos, y nos quedaremos cortos.